

Se llama **biocombustibles** a aquellos combustibles que se obtienen a partir de la biomasa; es decir, de los organismos vivos (como las plantas) o de sus desechos metabólicos (por ejemplo, el estiércol).

A diferencia de los combustibles fósiles, son una fuente de energía renovable. Todo ello suponiendo que su plantación y cosecha se pudiera repetir indefinidamente, sin agotarse los suelos ni contaminarse los campos de cultivo.

Pueden utilizarse de tres formas diferentes:

- Quemándose directamente, como sería el caso de la leña o del estiércol.
- Quemándose para generar electricidad.
- En forma de biocombustibles líquidos, principalmente bioetanol y biodiésel. El bioetanol puede utilizarse en motores de gasolina, mientras que el biodiésel puede emplearse en motores de gasoil.

Al quemarse, tanto los combustibles fósiles como los biocombustibles, emiten dióxido de carbono a la atmósfera. Sin embargo, como el dióxido de carbono de los biocombustibles procede de una fotosíntesis reciente, en la que previamente ha sido necesario captar este compuesto, se afirma que su uso no aumenta la cantidad de dióxido de carbono de la atmósfera, a diferencia de los combustibles fósiles que desprenden el dióxido de carbono que se captó hace millones de años.

Aunque el uso de biocombustibles tiene ventajas evidentes sobre el empleo de combustibles fósiles, genera, sin embargo, otro tipo de problemas. En concreto, el aumento en la producción de biocombustibles supone una fuerte demanda de recursos naturales (agua, suelo cultivable, bosques) que podrían utilizarse para otros fines, especialmente la producción de alimentos.

